

ANA MARTÍNEZ / ALBACETE

Con 32 años de edad, Elena Carrillo Palacios ha recibido esta semana el Reconocimiento Solidario 2019 que cada año entrega la Comisión 0'7 en el marco de la Semana Solidaria de Cooperación. Después de disfrutar su infancia en Alcaraz, con 12 años vino a la capital para estudiar en el colegio Villacerrada y en el instituto Bernardino del Campo. Fue voluntaria en Cáritas Diocesana hasta que se tuvo que marchar a Valencia para estudiar Arquitectura, una carrera que Elena ha sabido humanizar y darle un uso mucho más social y solidario. En la actualidad, esta joven albaceteña reside en Grenoble (Francia), donde se encuentra el centro de investigación CRATerre especializado en sistemas constructivos con tierra.

Cuentan que desde niña tenía inquietudes sociales. ¿Cómo ligó la Arquitectura con ser cooperante?

Todavía no sé muy bien cómo ni por qué. Fue la época del *boom* de la Arquitectura y de la construcción, mis compañeros decían que tenía muchas salidas profesionales, pero yo no la estudié por eso. Supongo que me gustaba la idea de crear hogares, de construir el espacio cotidiano que habitamos. La apropiación del espacio siempre ha sido muy importante para mí. Desde niña me ha llamado la atención que los espacios en los que vivimos estén bien, sean acogedores... Supongo que mi decisión de hacer Arquitectura fue por ahí.

¿Cómo y cuándo encontró la parte humanitaria a esta profesión?

Antes de la carrera estuve involucrada en proyectos sociales en Albacete y durante el grado hice voluntariado en Grecia. Pero lo que fue determinante fue mi estancia en Sao Paulo, en Brasil, donde me fui a hacer el proyecto fin de carrera. Ahí encontré lo que llevaba buscando durante cuatro años. Ver y vivir en Sao Paulo fue concluyente para entender que un arquitecto puede mejorar la vida de la gente.

¿De qué trató su proyecto?

Analicé la problemática de la vivienda social y de los centros urbanos que son más comerciales e impiden a la gente vivir en ellos. Trabajé sobre el derecho a la ciudad y a la vivienda.

¿Por qué en Sao Paulo?

Me aconsejaron que era muy buena universidad para trabajar el tema de la vivienda social. La pedí conscientemente porque es un buen centro de investigación.

¿Y qué se encontró?

Me encontré precariedad. La primera vez que fui a las favelas me enfrenté a una realidad que en Europa es fácil ignorar mirando hacia otro lado. Allí viví día a día la problemática de la vivienda, que la gran mayoría de habitantes no tengan acceso a una vivienda adecuada y las condiciones de precariedad en las que viven. Esto le dio bastante sentido al tipo de arquitecta que quería ser.

¿Y cuál fue la conclusión?

Decidí que quería ser una arquitecta que pudiera mejorar la vida de la gente, encontré una causa justa por la que luchar sobre el derecho a la vivienda. En mi opinión, la Arquitectura debería ser mucho más social y al igual que tenemos muy claro que educación y salud son derechos indiscutibles, el derecho a la vivienda debería tener la misma prioridad. Me gustaría que mis compañeros arquitectos tuviesen más conciencia de que la vivienda es un derecho humano, un bien común y no inmobiliario como así lo enseñan en la universidad.

La vivienda se ha convertido en un artículo de lujo. ¿Cómo se aplica la arquitectura a lo social?

Poniendo en el centro a la persona, a las familias y a sus necesidades. Solo así se puede desarrollar una arquitectura mucho más humana y justa. Pero si ponemos por delante el mercado, las constructoras y los intereses económicos, seguiremos construyendo ciudades deshumanizadas y perpetuaremos los enormes problemas que tenemos por la manera de construir nuestras ciudades, llenas de guetos y deshumanizadas.

Antiguamente se construía de forma más respetuosa con el medio natural y de una manera más colectiva. ¿Cuándo cambió todo?

En apenas 100 años se han modificado las formas de construir, hemos involucionado en la manera de apropiarnos del territorio. Antes se construía de una manera mucho más resiliente, con los materiales del entorno, lo que se vino llamando culturas constructivas adaptadas al territorio y a la sociedad que vivía en él. Sin ir más lejos, La Alhambra es de tapial y Albacete fue una ciudad construida de tapial, una técnica de construcción con tierra. Las personas vinculan construir con tierra a gente pobre sin recursos, pero olvidan que Albacete era una ciudad de tapial y en La Mancha están las viviendas de adobe... Aquí se ha construido con tierra, lo lamentable es que un sistema económico, social y cultural nos ha llevado a creer que una vivienda te da estatus social en función de sus materiales.

¿Dónde recaló Elena Carrillo al terminar en Brasil?

Después de entregar mi proyecto final de carrera me fui de voluntaria a Nicaragua. Al cabo de unos meses, junto a unos compañeros, decidimos crear el Colectivo Zompopo y nos quedamos cuatro años trabajando en programas para mejorar la vivienda rural con materiales locales. Observamos que mujeres y niños pasaban mucho tiempo en las cocinas y decidimos empezar por esos espacios. En Nicaragua cocinan con fogones de leña, una problemática enorme porque la inhalación de humos es la cuarta causa de muerte en el mundo, algo de lo que, por cierto, no se habla nada. Desarrollamos dos procesos para mejorar los espacios de trabajo doméstico y esto nos encaminó hacia un tercero que nos metió de lleno en los sistemas constructivos en tierra sismorresistentes.

¿Cómo se enfocó?

Nuestro trabajo estuvo basado en la

«Albacete fue una ciudad construida de tapial, una técnica de construcción con tierra»

«El sistema inmobiliario nos mete en una burbuja que hipoteca a la gente durante 30 años o más»

teoría de Paulo Freire sobre el alto poder de transformación que tiene la educación popular. Aunque soy arquitecta, mi labor se centra en fortalecer las capacidades locales a través de talleres, capacitaciones, formación... Es la manera en la que deberíamos incidir para empoderar. Es fácil llegar y construir una casa, pero ¿después qué? Si seguimos yendo a los lugares para construir e irnos solo estaremos perpetuando el asistencialismo. Es verdad que los resultados son más rápidos y visibles que si haces un proyecto educativo y formativo, en el que no importe el número de construcciones y los resultados tangibles, sino que interesen más los resultados intangibles, la formación de la gente.

Además de formar en esos sistemas constructivos con materiales del entorno y recursos naturales, el Colectivo Zompopo se ha centrado mucho en la mujer. ¿Por qué?

La mujer es el pilar fundamental en muchísimas sociedades y hay que tenerla en cuenta. En el ámbito de la construcción ocurre lo contrario, pero se necesita, porque tiene derecho a tomar las decisiones sobre su casa,

es la que más la vive y la que asume más riesgos. Desde el primer momento, la mujer fue central y lo fue de una manera muy natural. Empezamos a trabajar en las cocinas y se fue convirtiendo en un posicionamiento nuestro. Trabajamos a escala familiar, pero la mujer es la que lidera el proceso. A día de hoy es una prioridad nuestra.

¿Y cómo encajan estas mujeres meterse a albañiles, una profesión tan masculinizada en todo el mundo?

Es verdad que la presencia de las mujeres en los procesos constructivos de viviendas es bastante transgresora en muchas sociedades, incluso la española; aquí la mujer en la obra es inexistente. Para cualquier organización sería más fácil trabajar solo con mujeres, pero en nuestros procesos formativos queremos que estén el marido y la mujer para que se produzca un intercambio de saberes, porque las mujeres siempre han tenido un rol muy importante en el mantenimiento de la vivienda y han evitado su deterioro.

¿Y por qué achacan a la tierra la destrucción de casas ante terremotos y

ENTREVISTA | RECONOCIMIENTO SOLIDARIO 2019

Elena Carrillo

«La tierra es un bien común que nos permite mejorar la vida de la gente sin ayudas externas»



otros desastres naturales?

La tierra no tiene debilidades, el problema es el sistema constructivo. Una casa de bloque se puede caer igual que una de tierra si está mal construida y viceversa. No es el material en sí, sino la manera que hay de construir. Tradicionalmente, la gente construía muy bien porque se adaptaba al territorio, pero en los últimos años, con la globalización y la arquitectura de remesas, se ha producido una transculturalización constructiva, es decir, la gente se va a Estados Unidos y manda la foto de la casa que quiere construirse en algún país de Centroamérica. Yo estuve en Méjico después del terremoto y había muchísimas casas de bloques que se habían caído. Sin embargo, a la gente no le da miedo reconstruir otra vez con bloques, pero porque es un sistema que te induce a eso, no es una decisión que se tome conscientemente.

¿Y por qué existe esa creencia de que la tierra es endeble?

Porque le interesa al sistema económico y a los grandes capitales del mundo, aunque sea una gran mentira. Lo que no sirven son los siste-

mas constructivos. Se puede hacer una casa de tierra sismorresistente con distintas técnicas, mezclando madera con tierra que en determinados contextos se adaptan mejor, haciendo adobes más grandes que se pueden reforzar...

¿Qué beneficios aporta la bioconstrucción? ¿Qué puede cambiar?

Lo primero que cambia es la huella ecológica de la construcción. La manera que tenemos hoy de construir tiene una huella ecológica enorme y creo que con el cambio climático es uno de los sectores que tiene que cuestionarse muchísimo cómo construye y con qué materiales. Las culturas constructivas consisten en construir con lo que tenemos en el entorno. Yo construyo con tierra porque en la región en la que trabajo es el material principal que se ha usado tradicionalmente y la gente tiene muchísimos conocimientos, pero si trabajase en el País Vasco construiría con piedra y con madera y si trabajase en Albacete también lo haría con tierra. Tenemos que ser conscientes de que el sistema inmobiliario nos mete en una burbuja que hipoteca a la gente durante 30

años o más. Es verdad que en el contexto de una ciudad ya sería muy complejo, pero hay alternativas que pueden resolver los problemas de vivienda de mucha gente. Por otro lado está el tema ecológico y social, que no se pierdan unas prácticas constructivas que son milenarias y que tienen una inteligencia constructiva detrás a base de ensayo y error de cientos de miles de años, gracias a la gente que ha ido construyendo su entorno, un entorno que con el sistema globalizado nos estamos cargando. Ahora en Francia y en Alemania se está poniendo de moda entre una clase media-alta que tiene inquietudes ecológicas volver a construir con materiales naturales. Aquí en España todavía el proceso está siendo más lento, pero poco a poco hay cada vez más gente que se está involucrando.

¿Qué cree haber conseguido en estos siete años que lleva trabajando el Colectivo Zompopo en los países de Centroamérica?

Hemos conseguido convencer a las familias con las que hemos trabajado que podemos cambiar nuestras realidades si queremos, con motiva-

«El sistema económico, social y cultural nos ha llevado a creer que una vivienda te da un estatus social en función de sus materiales»

«La manera que tenemos hoy de construir tiene una huella ecológica enorme»

ción, con alegría, con esfuerzo... si uno lo sueña, se puede, solo hay que buscar la manera de poder hacerlo. Hemos conseguido trabajar con la tierra, un bien común, una herramienta que nos permite mejorar la vida de la gente sin tener necesidad de ayudas externas.

¿Han seguido construyendo en base a la formación y el asesoramiento que les han ofrecido?

Sí, porque son lugares donde la gente ya construía con tierra. Lo que se buscaba a través de estos procesos era mejorar las técnicas constructivas y valorizar la tierra como material de construcción, porque en muchos casos la gente sigue teniendo esa noción de que la tierra es un material para pobres y en cuanto pueden se ponen a ahorrar para construirse una vivienda de bloques. Nuestra idea es valorizar la tierra como material de construcción y garantizar al mismo tiempo que sea una construcción segura y muy accesible económicamente, porque es la tierra que ellos mismos tienen en sus parcelas. Si la gente queda formada, que es nuestro objetivo, podrán seguir haciendo propuestas accesibles para la gente que vive en esos territorios. El objetivo final es que con nuestro trabajo estamos contribuyendo a que la gente pueda tener acceso a los procesos que estamos promoviendo y consigan realizar propuestas más aterrizadas a las que puedan tener acceso.

¿Cómo llegó a Francia y por qué?

Después de Nicaragua, mi compañero y yo nos trasladamos a Grenoble para hacer un máster de construcción con tierra en un centro de investigación llamado CRA-Terre. Estuvimos dos años formándonos, porque llegó un momento en Nicaragua que la gente nos hacía preguntas y nosotros no teníamos más respuestas. Dentro del equipo, éramos la parte técnica y necesitábamos formarnos. Esto nos permitió relacionarnos con otra gente que trabaja en Centroamérica y desde hace dos años empezamos a establecer alianzas con otras organizaciones del territorio. Eso nos llevó a estar cuatro meses en Méjico y hace dos días llegué de El Salvador. Somos 35 organizaciones e instituciones que estamos trabajando en la región de Mesoamérica, que va desde Méjico hasta Nicaragua, una región cultural precolombina donde trabajamos por el derecho a la vivienda y su construcción con tierra.

¿Próximo destino?

De momento seguiré residiendo en Grenoble, porque es una ciudad que me permite seguir formándome mucho en construcciones con tierra.

¿No tienen la mirada puesta en los países africanos?

Para mí es muy importante conocer el contexto en el que trabajas y siento que soy mucho más útil en Latinoamérica porque ya la conozco, está el idioma, la cultura... Para mí es mucho más sencillo poder trabajar allí, específicamente en Centroamérica, porque desde 2012 conozco los contextos, las culturas y mi impacto seguramente es más positivo.



FOTO: JON DE LA RICA